LAZOS DE AMOR Y AMISTAD.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. EDUARDO BUSTILLO.

Representada con aplauso.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
San Vicente alta, núm. 52.

1865.

A MIS PADRES.

Apenas tenia yo diez y ocho años cuando escribí este primer ensayo. Débiles eran mis fuerzas y, para cobrar aliento, puse al frente de los borradores los nombres de las personas más queridas de mi corazon.

Aceptad, pues, la ofrenda, débil expresion de cariño que os profesa vuestro hijo

EDUARDO.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOFIA.	SRA. TENORIO.
JUAN.	SR. CASAÑÉ.
ARTURO.	SR. CALVO. (D. R.)
EL CONDE DE CAMPOHERMOSO.	SR. CEPILLO.

La escena es en Madrid, en casa de Juan, año de 1835.

(10.)

ACTO ÚNICO.

Sala pobremente amueblada en una casa de los barrios bajos de Madrid.—Puerta en el fondo y otra en cada uno de los costados.

ESCENA PRIMERA.

SOFIA.—JUAN.

Aparece SOFIA *haciendo labor junto á una mesita.* JUAN *sentado en un sillon antiguo de baqueta.*

SOFIA. Ya me contó usté esa historia
allá en mi tranquila infancia;
sin interés, padre mio.
es imposible escucharla.
¡Qué bueno debia ser
don Tomás! Usted le amaba...

JUAN. Como á un hermano, hija mia;
nuestra amistad fué jurada
en medio de los peligros,
en el campo de batalla,
y esa amistad no se borra
nunca del fondo del alma.

SOFIA. Y ¿no le ha vuelto usté á ver?..

JUAN. Concluida la campaña,
cuando ya nuestros servicios
no necesitó la patria,
nos separamos, Sofía.
Desde entonces, por desgracia.
nada pude saber de él...
ah!.. Dios quiera que contraria

no sea con él la suerte
como fué conmigo ingrata.

SOFIA. ¡Oh!..

JUAN. Perdóname, hija mia,
perdona si me olvidaba
de tí, de mi amparo: no.
no es mi suerte tan avara.
pues un ángel me dió el cielo
que dias y noches pasa
velando por mi vejez.

SOFIA. Y Arturo?.. ¿usted olvidaba
que es él quien nos ha salvado
de la miseria?—Su alma
es tan noble, padre mio!

JUAN. Y tú, Sofía, ¿le amas?

SOFIA. ¿Que si le amo? ¿Es usted
quien me lo pregunta?..

JUAN. —Calla,
sé que os amais: ese amor
en que tanto bien alcanzas.
hará que halleis la verdad
de tanta gloria soñada.
Arturo es un hombre honrado.
sí...—Yo ya desconfiaba
del mundo, porque veia
hombres á quienes prestara
mil servicios, que á mi lado
indiferentes pasaban.
sin compadecer siquiera
el rigor de mis desgracias,
Y Arturo, quizá privándose
de lo que le hace falta,
tendió su mano benéfica
y nos proteje y ampara.
—Ah! sí; si Tomás supiera
el estado en que se halla
su amigo Juan... hija mia.

si me fuera necesaria.
no digo yo su fortuna.
su vida sacrificara.

SOFIA. Padre, yo no le conozco;
pero el corazon consagra
respetuoso cariño
al hombre que tanto le ama.

JUAN. Y él es digno de tu aprecio.
Sofía.—Solo se hallan
hoy en el mundo tres séres.
cuyo recuerdo me basta
para calmar algun tanto
mis penas, hija adorada:
tú, Tomás y Arturo, si...
—por lo demás, mi esperanza
de encontrar fé y gratitud
en este mundo, burlada
quedó, convertida eu humo:
donde ella se aposentaba,
solo de los desengaños
toco la incurable llaga.

SOFIA. Padre!..

JUAN. Perdona, hija mia:
mi corazon es quien habla.
—Tú comprenderle no puedes,
flor niña, pura y lozana,
que ahora empiezas á vivir
de ilusiones rodeada.
Pero, Sofía, ¿qué tienes?
Tu tristeza...

SOFIA. No es extraña;
hoy tarda en venir Arturo
y me inquieta su tardanza.

JUAN. No temas; vendrá, hija mia.
—Mira, tráeme la cayada
y el sombrero.

SOFIA. —Vá usted, padre?...

JUAN. A distraer algo el alma.

SOFIA. (Trayendo los objetos que la pide.)
Que no tarde usted.

JUAN. Sofía,
no será mi ausencia larga.
(Sofia le acompaña hasta el foro. Juan sale por la derecha.)

SOFIA. Recogeré mi labor...
—Oh! si entre tanto llegara
Arturo!...—mi corazon
con impaciencia le aguarda.
(Entra en la habitacion de la derecha.)

ESCENA II.

ARTURO. *por el foro izquierda.*

No hay nadie... En este aposento
mi corazon al entrar,
siente un dulce bienestar
y un indecible tormento.
Con Sofía hermosa y pura
me enlaza un amor divino,
y otra mujer ó el destino
viene á turbar mi ventura.
—La marquesa de la Palma...
oh!.. mujer aborrecible!..
y ¿he de casarme?..—imposible!..
—Arturo... vamos con calma.
Es mi padre quien un dia
arregló mi casamiento,
y para mayor tormento
mis amores con Sofía
sabe ya, viene á la córte.
mi porte reprochará,
y que acomode querrá
á sus deseos mi porte.

—Mas no;—tengo en mi poder
la carta en que se halla impresa
la infamia de la marquesa,
y mi padre la ha de ver.
En ella comprenderá
si es más digna que Sofía
de llamarse esposa mia...
—Oh! sí; y entonces quizá
mi nombre, mi posicion,
todo podré revelarlo
á mi amada...—el ocultarlo
ya repugna al corazon.

ESCENA III.

ARTURO.—SOFIA, *por la derecha.*

SOFIA. Arturo!..
ARTURO. Bella Sofía!..
SOFIA. Cuando sabes que te espera
mi corazon impaciente,
que solo á tu lado alienta
porque tu amor es su vida,
Arturo, ¿por qué no vuelas
á calmar su inquietud?
ARTURO. (Ah!)
SOFIA. Responde...—mas la tristeza
que muestra tu rostro...
ARTURO. No;
¿yo triste, Sofia bella,
cuando mi alma dichosa
á tu lado se contempla?
(¿Y si esa infame mujer
cumple su amenaza y llega
á revelar á don Juan?..
Es capaz...)
SOFIA. (¿Qué afan le aqueja?)

ARTURO. (Tener que callar, Dios mio!)
SOFIA. Si confianza tuvieras.
Arturo, en quien tanto te ama.
no me ocultaras tus penas.
ARTURO. Yo?..
SOFIA. Y siempre reservado
fuiste conmigo...—no temas
te exija que me reveles
lo que tu silencio encierra.
ARTURO. Sofía!..
SOFIA. No: la mujer,
Arturo. que ama de veras.
solo exige fé y constancia
del hombre que adora; sepa
yo que tu fé. que tu amor
puro siempre me conservas.
y veré pasar dichosos
los dias de mi existencia.
ARTURO. Oh!.. tus palabras. Sofía.
yo no sé qué mágia encierran.
que dentro del pecho mio
su eco dulce resuena
embriagándole de amor...
—No. bien mio; nada anhela
para ser feliz mi alma.
más que el cariño que encierra
ese noble corazon.
SOFIA. Arturo!..
ARTURO. (Con fuego.) De mi existencia
es el norte.
SOFIA. Tal ventura.
¿no es sueño?
ARTURO. ¿Cómo pudiera
engañarte?
SOFIA. No apeteces
ni títulos. ni riquezas?..
ARTURO. No: nada!.. ¿qué es lo que Arturo

ambicionar ya pudiera.
poseyendo ese tesoro
de candor y de pureza?

SOFIA. ¿Será verdad tanta dicha?

ARTURO. Sí, nuestra ventura es cierta.

SOFIA. ¿Nada nublará ese cielo
que nuestras glorias encierra?
¿Quién te anima?..

ARTURO. La esperanza.

SOFIA. ¡Bendito el amor que espera!
Tu corazon...

ARTURO. En tí vive!

SOFIA. Dios mio!

ARTURO. (Mas la marquesa...)

SOFIA. Arturo. ¿qué tienes, dí?...

ARTURO. Nada, Sofía;—ya es fuerza
que me vaya.

SOFIA. ¿Qué es lo que oigo?..,
Cuando pasan tan ligeras
para nuestro bien las horas,
¿tan pronto de mí te alejas?

ARTURO. Luego volveré.

SOFIA. ¿Me engañas?

ARTURO. ¿Cómo sin alma existiera?
Pues si me voy de tu lado
y contigo el alma queda,
si de amor no vuelvo en alas
he de morir con tu ausencia.

SOFIA. Arturo!...

ARTURO. ¿Salió tu padre?

SOFIA. Sí.

ARTURO. Le veré cuando vuelva.
Adios, querida Sofía.

SOFIA. Adios, pues, y la impaciencia
no olvides de un corazon
que por tu amor solo alienta.

(Arturo desaparece por el foro de la derecha.)

ESCENA IV.

SOFIA.—*Luego* JUAN.

Cuando alejarse le veo
y «¡adios!» el lábio murmura,
huye con él la ventura
que es imán de mi deseo.
Si son tan encantadoras
las horas de mi alegría,
¿por qué para el alma mia
pasan tan pronto las horas?..
—¿Quién viene?.. mi padre?..—es él.
(Juan aparece en el foro, triste y abatido, estrujando entre sus manos un papel. Entrega maquinalmente á Sofia el sombrero y el baston.)

SOFIA. (Tomándolos.)
Traiga usted.

JUAN. (Fatal estrella!
¿Qué será, Dios mio, de ella,
cuando lea este papel?)
(Se deja caer abatido en él sillon.)

SOFIA. (Acercándose á él con tierna solicitud.)
Padre mio!..

JUAN. Hija!..

SOFIA. Oh!
¿Por qué viene usted tan triste?

JUAN. Mi corazon se resiste
á revelarte...—no, no:
si tú supieras, Sofía,
lo que causa mi amargura!
—Pero, por tu desventura,
lo sabrás, pobre hija mia.

SOFIA. Me hiere tanto dolor.
Pero hable usted, padre mio,
que yo en mis fuerzas confio.

JUAN. En tus fuerzas!..—débil flor
ayer nacida entre abrojos,
si hoy arrecia el huracán,
mañana solo serán
tus galas tristes despojos.

SOFIA. (Reparando en el papel que tiene su padre.)
¿Es quizá ese papel?.. oh!..
ese silencio, ¡Dios mio!..
Si Arturo...—¡qué desvarío!..
¿Cómo puedo dudar yo
de él tan noble y tan bueno?

JUAN. Pobre cándida hija mia!
—Mas es preciso, Sofía,
que apures todo el veneno
de una vez... te estoy matando,
y aunque al corazon no cuadre,
debo decirte...

SOFIA. Sí, padre,
hable usted, que está luchando
con una duda mi alma.

JUAN. Oyéme, pues, hija mia.
Cerca de casa venia,
cobrada un tanto la calma,
cuando á mí se llega un hombre,
y despues que me saluda,
—«Usté á quien busco es sin duda»—
me dijo,—«¿cuál es su nombre?»—
—«Juan.»—¿Y tiene usted, señor,
una hija?»—«Sí, Sofía.»
—«Pues esta carta le envia
quien de usté aprecia el honor.»—
—Lo que yo entonces sentí
explicarte fuera en vano;
pero temblaba mi mano
cuando el papel recibí.
Por medio andaba mi honor,
y el misterio de aquel hombre

me causaba—no te asombre—
un indecible terror.
—¿Será esto un sueño?—pensé.
¿algun loco desvarío?..
—y mirando en torno mio.
solo, Sofía, me hallé.
—Pero no era un sueño, no:
de nuevo me estremecí
cuando entre mis manos ví
esta carta; entonces yo.
sin saber lo que me hacia.
abríla y leo... no se...
que Arturo...

SOFIA. (Con ansiedad.)
Prosiga usté.

JUAN. No puedo más, hija mia.
Voy á hacerte mucho daño.

SOFIA. Aumenta usted mi ansiedad,
padre mio!

JUAN. Sí, es verdad.
Aunque tan cruel desengaño
va á matar, pobre inocente,
tus ilusiones, tu fé,
—es preciso... toma y lée...

SOFIA. (Tomando la carta.) Ah!

JUAN. Y que el cielo te aliente.

SOFIA. (Leyendo.)
—«Sé que estima usted su honor,
don Juan; le daré un consejo.
Un jóven llamado Arturo
entró en su casa hace tiempo.
pretestando socorrerle
para encubrir otro objeto.
—Casar pensará con él
á su hija... y se lo advierto
á usted, don Juan, no es posible...»
(Sofía conmovida, suspende un instante la lectura.)

— «Arturo se halla sujeto
á la voluntad de un padre
rico y noble al mismo tiempo;
el conde de Campohermoso...»
(Representando.)
—Ah!..
—«quien tiene ya el proyecto
de unirle con la marquesa
de la Palma...»
(Representando.) Santo cielo!...
—«Se lo dice á usté un amigo
porque camine con tiento;
y pues estima su honor,
no desprecie usté el consejo...»
(Representando.)
—Ah! Dios mio!..

JUAN. Por tu daño
murió tu ilusion más bella,
dejando en pos de su huella
la sombra del desengaño.

SOFIA. Mas yo no puedo creer,
padre mio... no, no, Arturo
me conserva su amor puro...
casarse?.. no puede ser!
Todo es calumnia.

JUAN. Hija mia,
tú tienes poca esperiencia;
no juzgues por la apariencia,
que engaña mucho, Sofía.
Hasta hoy hemos sabido
solo su nombre; jamás
nos ha revelado más,
ni yo indagarlo he querido,
porque siempre me ha inspirado
una ciega confianza;
—hoy perdí ya mi esperanza,
Arturo nos ha engañado.

SOFIA. Padre mio!...

JUAN. El corazon
me lo está diciendo, sí;
no quiero que vuelva aquí...
—No, Sofía; esa pasion
tal vez muera con la ausencia.

SOFIA. Morir dice usté?.. imposible!

JUAN. ¿Es tan grande?..

SOFIA. Inextinguible.
Mientras dure mi existencia
le amaré con desvarío.

JUAN. ¿Eso me dices?..

SOFIA. Lo juro.

JUAN. Ay! ¿por qué en mal hora Arturo
entró en mi casa, Dios mio?
—La miseria en que yacia
era cien veces más grata.

SOFIA. Oh! calle usted, que me mata
su dolor!

JUAN. Pobre hija mia!..
Es preciso que al olvido
des amor tan desgraciado...

SOFIA. Arturo...

JUAN. Nunca te ha amado.
—El vendrá... Solo te pido
que finjas por un momento
desprecio...

SOFIA. Padre (¡ay de mí!)
—haré un esfuerzo... sí, sí:
(cuánto sufro!)

JUAN. (Qué tormento!)
De lo demás... yo, Sofía,
me encargaré.

SOFIA. Bien, señor;
(Dios mio! dadme valor!)

JUAN. (No desmayes, alma mia!)
(Entra en la habitacion de la izquierda.)

ESCENA V.

SOFIA.

Fingir desprecio... ¡ay de mí!..
y ¿qué he de hacer? ¿acallar
mis sentimientos, diciendo
lo que no sentí jamás?...
—Es imposible!... y Arturo...
—Dios mio! ¿serán verdad
sus títulos y ese enlace
con la marquesa?.. ¡qué afan!..
—Y ahora recuerdo... sí, sí!
hoy me pareció notar
en él cierta turbacion,
cierta tristeza que...—¡ah!
si tú dudas, alma mia,
mi infortunio es realidad.
—Mas ¿cómo fingir desprecio?
¿Cómo mi amor ocultar,
si aunque Arturo es un ingrato,
va creciendo, por mi mal,
este afecto que es mi vida?..
ay!.. cielos!.. no puedo más!..
(Se deja caer abatida en la silla que está junto á la mesa, cubriendo el rostro con las manos.)

ESCENA VI.

SOFIA.—ARTURO, *por el foro.—Luego* JUAN.

ARTURO. Mucho triunfar me interesa,
y hemos de ver, vive Dios,
cuál puede más de los dos...
—Eres muy sagaz, marquesa;
pero tu coquetería
que trae loco á tanto nécio,

solo me inspira desprecio.
—¿Quién?..
(Reparando en Sofía.)
Ah! mi bella Sofía!..
Contemplar su rostro quiero
para olvidar mi quebranto;
ella es mi vida y mi encanto!..
(Acercándose con solicitud.)
—Sofía!.,.

SOFIA. (Saliendo con violencia de su abatimiento.)
Oh! caballero...
¿Qué busca usté en esta casa?
(¡Dios mio!)
(Juan aparece en la puerta de la izquierda.)

ARTURO. ¿Qué cambio es este?

SOFIA. (Vacilando.)
Espero... que me conteste...

ARTURO. (Cielos! ¿qué es lo que me pasa?)
—Esa pregunta, Sofía,
y esas lágrimas...—¿será?...
—¿Son celos acaso?...

SOFIA. (¡Ah!)

ARTURO. ¿No respondes, alma mia?..
¿Callas... y dudas de Arturo?

SOFIA. (¡Cómo dudar de su fé!..)

ARTURO. A tí sola consagré
mi cariño tierno y puro.
Y ahora cual siempre llegaba
creyendo encontrar mi bien,
y solo miro el desden
donde el amor se ostentaba.
—Oh! depon ya tus enojos
y cese tu cruel rigor,
que no es tan bella la flor
cuando se mira entre abrojos.
—¿Cómo pudieron robar
los celos tu dulce calma,

siendo el alma de mi alma?

SOFIA. (No, ya no puedo callar!..)
¡Arturo!

JUAN. (Que ha ido acercándose al ver vacilar á Sofía, se interpone reconviniéndola.)
—Hija!..

SOFIA. (¡Ay de mí!)

ARTURO. (Sorprendido.)
Don Juan!..

JUAN. (A Sofía.) Presto has olvidado
el consejo que te he dado.

SOFIA. Padre!..

JUAN. Lo esperaba, sí.
Débil, te volviste á ver
por el amor fascinada...
—pero yo no extraño nada,
porque al fin... eres muger.

ARTURO. Señor don Juan, yo no entiendo...
Es, en verdad, misterioso...

JUAN. (Con intencion.)
Vizconde de Campohermoso...

ARTURO. (Avergonzado.)
Ah! señor!..

JUAN. (A Sofía, que le mira desalentada.)
—Ya lo estás viendo.
—Y el adulador arrullo
de magníficos salones
escuchará, sus blasones
ostentando con orgullo.
Allí su título brilla
corriendo de boca en boca,
y la muchedumbre loca
ante su timbre se humilla.
El mundo, en su farsa, miente
tales triunfos al vizconde,
que de seguro responde
alzando la altiva frente.

Nada hay que su orgullo venza,
ni que en su esfera le asombre...
—y aquí le humilla su nombre,
en mis labios le avergüenza.
—Y es que al ocultarle artero
por atentar á mi honra,
sus nobles timbres deshonra...
(Movimiento de Arturo.)
—los deshonra, caballero.
Quien roba paz y esperanza
y deja dolor profundo,
no teme la ley del mundo
porque á su crímen no alcanza.
Mas su castigo presiento,
si dentro del pecho ha oido
con la de un padre ofendido
la voz del remordimiento.

SOFIA. (Con acento de súplica.)
Oh! Padre!..

JUAN. ¡Pobre hija mia!..

ARTURO. (¿Cómo callar?..)

JUAN. ¿Qué responde
á todo esto el vizconde?..

ARTURO. Mucho responder podria
si al alma dejase hablar;
mas la apariencia es mi muerte,
y pues lo quiere la suerte,
debo sufrir y esperar.
—Pero sepa usted, señor,
que á pesar de la apariencia,
tranquila está mi conciencia,
limpio conservo mi honor.
Mis títulos le oculté
y usted de traidor me acusa...
—pero la pasion me escusa,
pues tan solo los callé
porque pensaba, don Juan,

que si mi nombre sabia,
usted no consentiria
en tan tierno y puro afan.

JUAN. Estuvo muy bien pensado;
y hoy que ya todo lo sé,
quiero que no vuelva usté
á esta casa.

SOFIA. (Con acento de súplica.)
—Padre amado!...

JUAN. (Con firmeza.)
Hija, calla, calla!

SOFIA. —Oh!..

ARTURO. Don Juan, mi cariño es puro.

JUAN. Eso, vizconde...

ARTURO. Lo juro!

JUAN. Tampoco lo niego yo.

ARTURO. Entonces...

JUAN. Vamos con calma.
Segun pude yo entender,
pronto su esposa ha de ser
la marquesa de la Palma.

ARTURO. (Ella, sin duda. .)

SOFIA. (¡Ay de mí!)

JUAN. Tal partido le conviene;
es noble y creo que tiene
muchos bienes, con que...

ARTURO. (Con dignidad.)
—Sí.
Mas á títulos mi afan
no aspira ni á la riqueza;
lo que aprecio es la nobleza
del alma, y nunca, don Juan,
seré su esposo, por qué...
—no sabe usted quien es ella;
es muy rica, noble y bella;
mas le falta lo que amé
siempre en Sofía, el candor

y la pura fé del alma...
—la marquesa de la Palma
es indigna de m amor.

SOFIA. (Dios mio! ¿cómo olvidar?..)

JUAN. (Conmovido.)
Por un instante dudé,
señor vizconde...

ARTURO. —De qué?

JUAN. De que pudiera abrigar
su corazon sentimientos
tan nobles; pero al oir
lo que acaba de decir
usted en estos momentos,
— no, ya no puedo dudar
que la adora usted, Arturo,
que su amor es grande y puro,
y esto aumenta mi pesar;
—sí... porque, aunque no nos cuadre.
separarnos es preciso.

SOFIA. Ah!

ARTURO. No, jamás!

JUAN. —Dios lo quiso.
— Arturo, tiene usté un padre.
Manda que con la marquesa
se case usted, y es forzoso
obedecer.

ARTURO. Yo su esposo?.,

JUAN. A él quizás le interesa.
—Además, su posicion.
señor vizconde, lo exige.

ARTURO. Y ¿he de marchar?..

JUAN. —Ya lo dije.

SOFIA. (Cuánto sufres, corazon!)

JUAN. El mundo murmuraria
al saber que usted ha sido
el que nos ha socorrido
en la desgracia; diria,

—téngalo usted por seguro—
—«Sofía es digna de aprecio,
y será su amor el precio
de los favores de Arturo...»
No, no quiero que mi fama
se menoscabe, vizconde;
márchese usted!

ARTURO. —Pero ¿á dónde?..

JUAN. A donde el deber le llama.

SOFIA. Señor!..

JUAN. Vizconde, yo espero
que á mi ruego accederá.
pues se lo suplico...

ARTURO. (Vacilando.) —Ah!

JUAN. Como padre y caballero.

ARTURO. Adios, pues.

JUAN. Adios!..

SOFIA. —Arturo!..
y no he de volver á verte?

ARTURO. ¿Quién sabe?

SOFIA. Triste es mi suerte!

ARTURO. (Despues de contemplarla un instante.)
—(Será mi esposa, lo juro!)
(Sale resueltamente por el foro.)

ESCENA VII.

SOFIA.—JUAN.

(Momento de silencio. Solo se oyen los sollozos de Sofía; Juan la contempla con dolor. Sofía levanta la cabeza mirando tristemente á su padre.)

JUAN. (Tendiéndole los brazos.)
—Hija mia!..

SOFÍA. (Arrojándose en ellos.)
—Padre!.. oh!..

JUAN. Llora! sí, llora; que el llanto
te consolará algun tanto.
—Si pudiera llorar yo!...

SOFIA. La marquesa...

JUAN. ¿Qué, hija mia?

SOFIA. Va á ser muy pronto su esposa,
y ella será muy dichosa,
mientras yo sufro.

JUAN. Sofia...
El ódio de Arturo advierte,
ya que envidiándola estás,
y su suerte encontrarás
más amarga que tu suerte.
No mediando en esa union
el amor, la fé del alma,
perdida verá su calma.

SOFIA. Padre, tiene usted razon.
Bien su desgracia comprendo:
mas mi suerte es tan avara!..
—Ay! qué dolor se compara
con el que estoy padeciendo?

JUAN. El de un padre que, cual yo.
ha sufrido tantos años
los amargos desengaños
con que el mundo le pagó,
y en medio de su amargura,
para sosten de su vida,
tiene una hija querida.
como tú, cándida y pura,
que ya esperaba...

SOFIA. Señor!..

JUAN. Ver algun dia dichosa;
y esperanza tan hermosa
mata un desgraciado amor.
—¿Habrá dolor, hija mia,
más cruel que el del padre, dí?
—Pero tú puedes...

SOFIA. Yo?..

JUAN. —Sí.

calmar mi pena, Sofía.

SOFIA. Y como?

JUAN. Dando al olvido
esa funesta pasion
que abriga tu corazon.

SOFIA. Mas...

JUAN. Por mi amor te lo pido!

SOFIA. Padre, por Dios, calle usté!

JUAN. No podrás, hija querida?

SOFIA. Si es necesaria mi vida,
yo con gusto la daré;
—mas la llama de este amor
tomó ya tal incremento,
que fuera inútil mi intento.

JUAN. No hay remedio?

SOFIA. No, señor.

JUAN. Cuánto sufro!..

SOFIA. Padre mio!...

JUAN. No puedo más!

SOFIA. —Ay de mí!

JUAN. Ya mi esperanza perdí,
y en Dios tan solo confio!
(Entra en la habitacion de la izquierda.)

ESCENA VIII.

SOFIA —*Luego*, ARTURO.—*Esta escena debe llevarse con viveza, pues lo exige la situacion de Arturo.*

SOFIA. Por qué mi cruel infortunio
ha de sufrir?..—Si lograra
sofocar dentro del pecho
esta abrasadora llama!..
—Pero ya es tarde; el amor
que ayer mi dicha encerraba,

vivirá siempre conmigo,
aunque muerta mi esperanza.

(Arturo aparece en el foro, sumamente agitado. Vaci'a un instante, y despues baja con resolucion al proscenio.)

ARTURO. Sofía!..

SOFIA. Cielos!.. Arturo!..
cómo vienes?..—Si llegara
á verte mi padre aquí!..
—Vete, por Dios!..

ARTURO. Calla, calla!..
que estoy á todo resuelto,
y el amor todo lo alcanza.
Se que ha sido la marquesa
quien, por su orgullo impulsada,
á tu anciano y pobre padre
mandó la anónima carta
en que avisando á su honor,
mi posicion revelaba.
Con oro y buenos agentes,
bien los enigmas se aclaran.
—Ella papeles no firma
en que ajenas honras trata,
y con su nombre circulan
los que sus timbres empañan!

SOFIA. Pero...

ARTURO. Escúchame, Sofía;
—ha llegado esta mañana
mi padre á Madrid; lo supe
ahora mismo, y sin tardanza
he venido á verte.

SOFIA. Mas...

ARTURO. Nada teme quien bien ama.
Vengo por calmar tus penas,
á alentar tus esperanzas.

SOFIA. Esperanzas! ay, Arturo!..
¿cómo quieres que mi alma
espere, si ya murieron

sus ilusiones doradas?..
—De otras más bellas quizás
vienes hoy á alimentarla,
para verlas como el humo
desvanecidas mañana.
—No, Arturo; vete, por Dios;
vete, yo se que me amas,
y no querrás de este modo
hacer mayor mi desgracia.
Sentirás mi desventura;
pero tu padre lo manda,
y tu esposa debe ser
la marquesa de la Palma.

ARTURO. Mi esposa dices?—jamás!
Si mi padre no estimara
su honor!..

SOFIA. Qué quieres decir?

ARTURO. Todo lo sabrás.—Me basta
decirte ahora que nunca,
nunca, Sofía adorada,
tendrá lugar ese enlace
que mi corazon rechaza.

SOFIA. Oh! de tu amor la memoria,
siempre en mi pecho grabada,
será mi dulce consuelo
en tu ausencia.

ARTURO. Si me amas,
te ruego no hables así.
—Sofía, por qué desmayas?..
A animarte presuroso
vine, de mi amor en alas,
y no hallan eco en tu pecho,
mis amorosas palabras!
—Obedeciendo á tu padre,
no volveria á esta casa,
si no abrigara la dulce
y halagüeña confianza

de realizar mis deseos.
En mi buen padre descansa,
que siempre anheló mi bien
y hoy no querrá mi desgracia.

SOFIA. Arturo!.. mi corazon
al escuchar tus palabras,
tiembla de gozo!.. sí, sí,
aun alienta mi esperanza!

ARTURO. Bendito el amor que espera!

SOFIA. —Mas, mi padre... ya olvidaba!..

ARTURO. No temas.

SOFIA. Pero es preciso
separarnos: si llegara
á vernos!..—Arturo, adios!..
La felicidad del alma
te confio!

ARTURO. Si te adoro,
¿qué no haré para lograrla?
(Sofia entra en la habitacion de la derecha.)

ESCENA IX.

ARTURO.—EL CONDE.

ARTURO. Y qué debo hacer ahora?..
—pensarlo bien necesito.

CONDE. (Por el foro, despues de reconocer la parte exterior.)
Por las señas, esta es
la casa donde mi hijo
ha perdido la cabeza;
yo le pondré en buen camino.
—Mas ¿qué veo? sí, no hay duda...
Arturo!..

ARTURO. (Sobrecogido.)
Mi padre!

CONDE. El mismo.
Parece que no le agrada

mi presencia, señor mio!..
Todas sus habilidades,
desde allá las he sabido.
—Qué hace usté aquí?

ARTURO. (Confuso) Yo, señor!..

CONDE. Diga usted, ¿es este el sitio
en que debe estar quien lleva
mi nombre?

ARTURO. Oh! padre mio!..

CONDE. Poca estimacion le tiene
cuando le pone en ridículo.
Sí, señor... porque no hay nadie
que ignore los amoríos
del vizconde Arturo con
una tal Sofía; -indigno
es de un noble el proceder!
Habrá ocultado sus títulos,
su posicion, por llevar
á cabo plan tan inícuo;
—¿no es esto, señor vizconde?

ARTURO. Oigame usted!

CONDE. Y mi hijo
es capaz de tal accion?

ARTURO. Señor!..

CONDE. Todo lo he sabido.
Con el achaque de dar
á sus desgracias alivio,
ha entrado usté en esta casa
con otro fin...

ARTURO. (Sin poder contenerse.)
Padre mio!..
—Perdone usted; mas no puedo
consentir que tan mal juicio
llegue á formar de quien nunca
ha empañado su honor limpio.
No quiero que dé usted crédito
á lo que de mí le han dicho

cuatro necios nada más,
que no tienen otro oficio
que hablar mal de todo el mundo,
y bien solo de sí mismos.
—Cuando yo entré en esta casa,
fué con el fin, padre mio,
de socorrer la miseria
en que se hallaban sumidos
don Juan y su hija.

CONDE. Y bien?..

ARTURO. Pues que todo he de decirlo,
—es cierto, sí, que Sofía
me inspiró este amor divino
que abriga mi corazon;
mas, señor, nuestro cariño
es tan puro como grande.

CONDE. Y su padre ha consentido
en ese amor?

ARTURO. Siempre, sí...
Mas la marquesa le ha dicho
mis títulos, posicion
y, sobre todo, ese vínculo
que usted quiere que contraiga,
y venir me ha prohibido
á su casa.

CONDE. Justamente;
porque de ello es usted digno:
¡engañarle de ese modo!

ARTURO. Oigame usted, padre mio:
si yo le oculté mi nombre,
con el fin tan solo ha sido
de hacer feliz á su hija.

CONDE. Cómo, Arturo?

ARTURO. Fué preciso.
—Yo confiaba, señor,
en su paternal cariño.—
Es muy bella, virtuosa,

yo la adoro con delirio!..

CONDE. Y qué?

ARTURO. Para ser feliz.
padre, solo necesito
que usted consienta...

CONDE. Oh! basta!
Con razon me habian dicho
que estaba usted algo loco,
señor vizconde.

ARTURO. (Dios mio!)

CONDE. ¿Cómo así pudo pensar,
cuando vengo decidido
á que en breve se efectúe
el ya proyectado vínculo
con la marquesa?

ARTURO. Señor!..

CONDE. Y dígame usted: qué juicio
formaria de mí el mundo,
si, por su nécio capricho
de amor, se desbaratase?..
Oh! soy su padre y exijo...

ARTURO. Es que el mundo solo atiende
á las riquezas... los títulos...
á la dicha material,
y yo no la necesito.
La felicidad del alma
es tan solo á la que aspiro,
y con la marquesa nunca
seré feliz!

CONDE. —¡Hijo mio!..

ARTURO. Señor! ese mismo mundo,
al verme con ella unido,
se burlará señalándome
con el dedo, y el ludíbrio,
el escarnio de la córte
será el vizconde su hijo.

CONDE. Arturo!

ARTURO. Si usted supiera,
señor!.
CONDE. Todo lo he sabido.
ARTURO. Y ¿quiere usted que la acepte
por esposa?
CONDE. (Con marcada intencion.)
Lo que han dicho
de la marquesa, vizconde,
puede muy bien haber sido
pura invencion... de los necios
que no tienen otro oficio
que hablar mal de todo el mundo,
y bien solo de sí mismos.
ARTURO. Pero oiga usted!..
CONDE. Basta ya.
—Alguien se acerca...
(Mirando hácia la puerta de la izquierda.)
ARTURO. (¡Dios mio!..
será don Juan?.. Yo me voy;
mas volver pronto es preciso.
Hacerla feliz juré,
y por Dios, que he de cumplirlo.)
(Vase con precipitacion por el foro.)

ESCENA X.

EL CONDE.—JUAN, *por la izquierda.*

CONDE. (Este el padre debe ser. .)
Señor mio...
JUAN. Caballero...
Que me diga usted espero
lo que tenga que...
CONDE. Saber
ante todo yo quisiera,
si de esta casa el señor
es con quien tengo el honor...

JUAN. El mismo;—y si es que pudiera
servirle en algo, gustoso
lo haré.

CONDE. Mil gracias le doy.

JUAN. Y puedo saber?..

CONDE. Yo soy
el conde de Campohermoso.

JUAN. Qué oigo?.. usted es el conde.
padre de Arturo?

CONDE. Sí, á fé:
y he venido á verle á usté.
pues darle me corresponde
mis descargos.

JUAN. (Con dignidad.) Oh!.. le pido
que no venga á recordar...
—sé de lo que quiere hablar.

CONDE. Arturo...

JUAN. (Interrumpiéndole.)
—Compadecido
de la desventura mia.
por dar alivio á mis males.
de mi casa los umbrales
quiso pasar; vió á Sofía
por vez primera. señor,
amor les dió sus lecciones,
y unió los dos corazones
con tierno lazo el amor.
—¿Cómo contrariar podia
su afecto sincero y puro.
si era la dicha de Arturo
y la gloria de Sofía?
—Mas hoy supe que el impio
destino los separaba.
y aunque su dolor causaba...

CONDE. Hizo usted bien, señor mio.
Pero si el vizconde...

JUAN. —No.

no es la causa de mi mal.
sino la estrella fatal
que siempre me persiguió.
Mas ¿qué importa mi quebranto,
señor conde, si á penar
me he llegado á acostumbrar?..
—¡he sufrido tanto... tanto!..
Solo para mi consuelo,
conservo dulce memoria
de mi esposa, que esté en gloria.
y de un amigo que el cielo
sabe si veré ya más!
—há veinte años le perdí!..
oh!.. siempre fué para mí
un hermano el buen Tomás!

CONDE. (¿Qué escucho? Dios mio!)

JUAN. —Pero
le importuno y no quisiera...

CONDE. Oh! de ninguna manera.
don Juan. que prosiga espero.

JUAN. Está usted. conde. agitado!...
Lo que dige tal vez?..

CONDE. —Sí;
las palabras que le oí.
recuerdos han despertado
en mi alma, porque yo
un buen amigo tenia:
como á hermano le queria.
pues la vida me salvó.
En el campo de batalla
fiel amistad le juré.
(Crece el interés en ambos.)

JUAN. En Bailen?

CONDE. En Bailen fué,
y aquí su recuerdo se halla..
Oh! y usted... saber ansío...
(Reparando en la que tiene en la frente.)

esa honrosa cicatriz...
No es ilusion... soy feliz!..
—Juan!

JUAN. Tomás! amigo mio!

(Por un movimiento espontáneo, se arrojan ambos el uno en brazos del otro.)

ESCENA ÚLTIMA.

EL CONDE.—JUAN.—SOFIA, *que aparece en la puerta de la derecha.*—ARTURO, *en la puerta del foro. Ambos quedan sorprendidos.*

SOFIA. (Mi padre en brazos está
de un caballero! no entiendo...

ARTURO. (¿Qué es esto? yo no comprendo...
Don Juan y mi padre!..

CONDE. ¡Ah!
Ya estamos juntos los dos!

JUAN. Por fin he logrado verte.
—¡Pero cuán distinta suerte
nos ha cabido!

CONDE. Por Dios!...
Sé que has sido desgraciado;
sé lo mucho que has sufrido;
mas haz por dar al olvido,
Juan, tu infortunio pasado.
—Acuérdate nada más
de aquellos tiempos de gloria,
en que tras de la victoria
iba contigo Tomás.
De aquel venturoso dia
en que mi vida salvaste
y tu amistad me juraste
cuando te juré la mia!

SOFIA. (Ya sé quién es!)

ARTURO. (Ya comprendo.)

JUAN. Todo lo recuerdo!—mas,

tampoco olvides, Tomás,
lo que hoy está sucediendo.
—Entonces fuí muy dichoso:
eras mi amigo...

CONDE. Y lo soy.

JUAN. Pero tambien eres hoy
el conde de Campohermoso.

SOFIA. (¿Qué oigo?)

ARTURO. (¿En que parará?)

SOFIA. (¡Es el padre!...) (*Con creciente admiracion.*)

JUAN. Te lo digo...

CONDE. Si Tomás era tu amigo,
siempre el conde lo será.
¿Qué título ni blason
hará que olvide un momento
este noble sentimiento
que abriga mi corazon?

JUAN. Sé que tu amistad es mucha:
—mas lucha con tu deber
de hombre honrado, y ha de ser
vencida al fin en la lucha.
—Nuestros hijos...

CONDE. (*Con espansion.*) Sí, los dos
se adoran con tierno afan,
y su ventura hallarán.

JUAN. Medítalo bien, por Dios!

CONDE. Yo...

JUAN. Tu honor es lo primero,
y á mí mucho me interesa;
—cumple, pues, con la marquesa,
como debe un caballero.

CONDE. Tengo deudas muy sagradas
de gratitud y amistad.

JUAN. Lo exige la sociedad,
y deben ser olvidadas.
De la lucha que te aflige
tu propio honor es testigo:

—sucumba, pues, el amigo.

CONDE. Juan!..

JUAN. La sociedad lo exige.

(Sofía y Arturo bajan al proscenio, dirigiéndose con acento de súplica á don Juan.)

SOFIA. ¡Padre!

ARTURO. ¡Señor!

JUAN. —Hija mia!..

CONDE. Mi hijo!

JUAN. (Habrán escuchado...)

ARTURO. Perdone usted si he faltado.

JUAN. (Esto es lo que yo temia!)

SOFIA. Oh! perdon!

JUAN. El labio sella.

ARTURO. Sofía!

JUAN. Vizconde!..

CONDE. Juan!

JUAN. (Con intencion.)
La marquesa ..

SOFIA. (Cruel afan!)

CONDE. (Ah! por mi honor!..

ARTURO. (¡Siempre ella!)

JUAN. (Al Conde.)
Tu palabra está empeñada.

CONDE. Es verdad.

JUAN. Y debes ir
donde la puedas cumplir.

CONDE. Está bien.

SOFIA. (¡Qué desgraciada!)

ARTURO. (Despues de vacilar un instante, entrega al conde una carta.)
Antes que mire deseo
este papel le interesa...

CONDE. (Despues de ver la carta.)
Es letra de la marquesa!
Dios mio! ¿qué es lo que veo?..
y su firma!..—¿quién te ha dado
esta carta, Arturo?

ARTURO. No.
nadie, señor, me la dió...

CONDE. Cómo?..

ARTURO. Porque la he comprado.
Nunca servidores fieles
encuentra el honor perdido!..
¿Cómo no ha de ser vendido
cuando se mancha en papeles?

CONDE. Sí, comprendo;—y ser queria
tu esposa con tal locura?
¡oh!..

JUAN. Tomás!

CONDE. —Por mi ventura,
el obstáculo que habia
ya no existe.

JUAN. La marquesa...

CONDE. Satisfaccion la daré.
—¿Te sorprende? Toma y lée.
y saldrás de tu sorpresa.

JUAN. (Devolviéndole la carta.)
¿Con que es verdad?

CONDE. Sí, verdad
y, por Dios, que lo acredita
esta misteriosa cita...

JUAN. Oh! si estimas mi amistad,
rompe ese papel.—Su honra
perdió la marquesa, es llano:
mas no está bien en tu mano
la prueba de su deshonra.

CONDE. (Rompiendo la carta.)
A tiempo me has advertido.

JUAN. Es lo que hace un caballero.

CONDE. Tambien un favor espero
de tí, Juan.

JUAN. Pues concedido.

CONDE. Por solemnizar un dia
tan grande, cual corresponde,

te pido para el vizconde...

JUAN. Qué?..

CONDE. La mano de Sofía.

SOFIA. (Al conde, radiante de júbilo.)
Ah señor!..

ARTURO. ¡Don Juan!..

JUAN. (Con voz ahogada.) No acierto
mi gozo inmenso á explicar;
pero de él podreis juzgar
por las lágrimas que vierto.
—Abrázame tú!.. (Al conde.)

CONDE. Sí, sí!
Desde hoy para siempre unidos
con nuestros hijos queridos!..
—pero vámonos de aquí.

ARTURO. Y ¿á dónde, señor, iremos?

CONDE. Hijo mio, á nuestra villa;
allí, cerca de Sevilla,
venturosos viviremos!

JUAN. Y tanta felicidad
la debemos...

ARTURO. (Estrechando las manos de Sofía.)
Ah, señor!
Nosotros á nuestro amor.

JUAN. (Abrazando al conde.)
Nosotros á la amistad.

(Cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

Esta comedia ha sido aprobada por la censura para su representacion.


3 0112 117464096